

LAXAGORA  
BLEP.RO

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Seminario de Drama  
Colección  
Francisco (Paco) Prado

Seminario Multidisciplinario Josemilio González  
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

JLR

5055711

C-1

11/06/2008

MDSLS  
C-1

1082801

3-ma-4-86 ALS



Seminario de Drama  
Colección

Francisco (Paco) Prado

### LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

*Praxágora sale con su lámpara en la mano. Va vestida de hombre y lleva su cayado.*

PRAXÁGORA.—¡Lúcido brillo de mi lámpara bien fabricada al torno, bien te hicieron los artesanos y bien has resultado!

Tu nacimiento y tu fortuna canto y el tormento de tu giro en la rueda del alfarero. Pon a obrar tus narices que iluminan y dan las señales convenidas.

A ti sola nos doblegamos. Tú eres la única que conoces nuestros secretos. Cuando en la noche ensayamos las diversas posturas de Afrodita, eras la única que se halla cerca de nosotras. Y cuando nos retorcemos en nuestras batallas, está vigilante tu ojo y no se aparta un punto. Tú eres la única que conoce el secreto de nuestros vellos en aquellas partes, ya que tú los quemas. Tú también la que nos acompaña cuando nos colamos a escondidas en las bodegas, donde yacen los quesos y el dulce licor a Baco consagrado, y aunque eres cómplice de nuestras correrías, nunca vas a contarlas a las vecinas.

Por esta razón tú sola vas a tener la confidencia de lo que ahora hemos resuelto todas las amigas en las fiestas de los Esciros.

Pero ninguna llega... y el día va aclarando. Ya debieran estar aquí, que la asamblea tendrá principio en breve.

Hay que tomar los puestos. Y hay que asentar bien las nalgas, como dijo ha poco el Trabalenguas, que en lugar de hombres, llamó a los otros ramerás.

¿Qué pasará? ¿No han podido ponerse las barbas postizas, como habíamos convenido? ¿Tendrán grave dificultad de sacar a escondidas los vestidos de sus maridos?

¡Ah!, ya veo una luz que se va acercando. Vamos, me haré para atrás, no vaya a ser un hombre que llega.

*Se hace a un lado, y entretanto van entrando mujeres con ropas de varón.*

MUJER I. — Vamos ya es buen tiempo. Cuando íbamos saliendo de casa ya el gallo había cantado dos veces quiquiriquí.

PRAXÁGORA.—¡Tonta de mí, que pasé la noche entera esperando! Un momento. Ya llamo a mi vecina. Rascaré su puerta suavemente, no sea que su marido se dé cuenta.

MUJER II. (Sale de esa casa.)—Oí bien tus rasguños, al tiempo que me ponía los zapatos. Mi marido, amiguita, es un remador de Salamina y toda la noche me estuvo manobrando bajo las cobijas. Hasta este momento pude tomar su manto, éste que traigo.

MUJER I.—Pero ya veo a Clinareta y a Sostrata y a Filaneta. ¡Vengan aprisa que Glicé juró que la que llegue al último tendrá que pagar por multa tres congios de vino y un quenice de chícharos!

MUJER II.—¿No ves a Melística, mujer de Esmicición, que apenas puede andar con esos zapatones? Esa es la única que ha podido escapar del marido sin dificultades.

MUJER I.—Allá viene la mujer del tabernero, Gueustrata, ¿la ves? Trae su lámpara en la mano.

PRAXÁGORA.—Y veo también a la mujer de Filodoreto y a la de Querétades y muchas más de lo mejor de la ciudad. Todas vienen acá.

MUJER III.—¡Huy, qué trabajo me ha costado a mí, amiga mía! Apenas pude escabullirme. Mi marido ha... tosido la noche entera porque se hartó de sardinas.

PRAXÁGORA.—Sentadas. Díganme ahora que ya están juntas si han cumplido con lo que se acordó en las fiestas de los Esciros.

MUJER I.—Pues yo sí. Primeramente, me dejé los sobacos más erizados de pelo que un matorral del monte. Luego, cuando mi marido se iba al ágora, me ungía yo de pies a cabeza y me ponía al sol para requemarme.

MUJER II.—Por mi parte, dejé la rasuradora a la puerta de la casa, para que me pusiera velluda y no tuviera aspecto de mujer.

PRAXÁGORA.—¿Trajeron las barbas que dijimos para ir a la asamblea?

MUJER I.— ¡Por Hécate, que sí... mira ésta que linda!

MUJER II.—La que traigo no es mala; mejor que la de Epicrates.

PRAXÁGORA.—¿Ustedes qué me dicen?

MUJER I.—Dicen que sí; inclinan la cabeza.

PRAXÁGORA.—Bien está. Por lo demás ya veo que han cumplido. Traen zapatos, lacedemonios, traen bastones y los mantos de los maridos. Eso habíamos determinado.

MUJER I.—Yo por mi parte traigo el bastón de Lamia; se lo quité en tanto que él dormía.

PRAXÁGORA.—¡Bastón pesado es, cuando lo lleva se va peyendo!

MUJER II.—Sí, por Zeus, si ese hombre se vistiera la piel del que ve todo, sería mejor que nadie para apacentar al pueblo.

PRAXÁGORA.—Vamos ya. A resolver lo que hay que hacer. Aún relucen los astros en los cielos. Y la asamblea que estamos planeando debe comenzar cuando despunte la aurora.

MUJER I.—Por Zeus que sí. Toma tu asiento con premura delante del Pritáneo.

MUJER II.—Eso traigo yo ahora: mientras dura la asamblea, estaré cardando mi lana.

PRAXÁGORA.—¿La llenarás, infeliz?

MUJER II.—Por Artemis que sí. ¿No podré oír qué dicen en tanto yo cardo? Desnudos están mis niñitos.

PRAXÁGORA.—¡Vamos, véase, con que cardando...! Y es cuando no hay que dejar ver a los que se hallen presentes nada que sea femenino. ¡Qué bien quedaría aquella que en plena asamblea se fuera a la tribuna y dejara ver cierta parte velluda como Formisio! Pero si nos instalamos en las primeras filas, envueltas en los mantos, nadie se podrá dar cuenta. Y si además sacamos las barbas que llevamos escondidas y las colocamos bien en la cara, ¿habrá quien no reconozca que somos hombres? ¡Ahí tienen a Aguirrio, que con una barba como la de Prónimo ha engañado a todos. Mujer en su vida antes, ahora está en primera fila en los asuntos de la ciudad!

Por su causa y ya cuando el día se acerca vamos a emprender este ataque atrevido y a apoderarnos de las cosas de la ciudad para hacerle beneficio. Porque ahora vamos bogando sin vela ni remos.

MUJER I.—¿Cómo en una asamblea formada de mujeres podrá hallarse un orador que hable al pueblo?

PRAXÁGORA.—Eso es lo más fácil del mundo. Dicen que los jóvenes que se dejan sacudir mejor son también los mejores para hablar. ¿No es ése nuestro oficio, que nos sacudan en la cama?

MUJER I.—Eso yo no lo sé. Pero la falta de experiencia es algo terrible.

PRAXÁGORA.— Precisamente para eso nos hemos reunido aquí para ensayarnos. ¡Vaya, ponte la barba y lo mismo las que tienen el fácil ejercicio de hablar!

MUJER II.—¡Niña de mi alma, no hay entre nosotras quien no tenga ese ejercicio!

PRAXÁGORA.—Vaya, ponte la barba y vuélvete hombre en un momento.

Yo dejaré la corona a un lado. Me voy a poner también la barba, por si hay necesidad de que yo hable.

*Se ponen las barbas las mujeres*

MUJER II.—¡Aquí, dulcísima Praxágora, ven a ver a ésta que causa risa en esas fachas!

PRAXÁGORA.— ¿Cómo que causa risa?

MUJER II.—Se puede pensar en que son calamares asados que se ponen por barba.

PRAXÁGORA.—¡Ea, purificador, da la vuelta llévame al gato! ¡Adelante! Calla, Arifrades, ven a sentarte adelante. ¿Hay quien quiera hablar?

MUJER II.—Aquí me tienes.

PRAXÁGORA.—Ponte la corona y buena suerte.

MUJER II.—Ya ves.

PRAXÁGORA.—Puedes hablar.

MUJER II.—¿Hablar antes de beber?

PRAXÁGORA.—¡Vamos, beber!

MUJER II.—¿Por qué, mi buena amiga, me he puesto la corona?

PRAXÁGORA.—Vete de aquí. Eso no lo haces abajo.

MUJER II.—¿Qué pasa? ¿No beben los hombres en la asamblea?

PRAXÁGORA.—¡Otra vez... para ti todo es beber!

MUJER II.—¡Por Artemis que sí y de lo más puro! Por eso sus decretos y sus resoluciones les parecen a las personas reflexivas obra de borrachos, de gente que raya en la locura. Y, por Zeus, otra cosa, ¿cómo harían las libaciones, si no tuvieran vino?

Y además se injurián como gente bebida y al que es impertinente se lo llevan los arqueros por revoltoso.

PRAXÁGORA.—Tú siéntate mejor. No sirves para nada.

MUJER II.—¡Malhaya, y para eso me puse la barba! Estoy que me quemo de sed.

PRAXÁGORA.—¿Hay otra que quiera hablar?

MUJER I.—Yo.

PRAXÁGORA.—Ponte, pues, la corona. El asunto va adelante. Vaya, ahora procura hablar con varonil empuje, apoyada como vas en ese bastón.

MUJER I.—Hubiera yo querido que otro de entre los que están ejercitados en el uso de la palabra hubiera tomado este cargo con primorosos discursos, en tanto que yo permanecía reposando en mi asiento. Pero ahora no puedo consentir en que en los sitios donde venden vino haya depósitos de agua. Por las dos diosas, eso no me place...

PRAXÁGORA.—¡Por las dos diosas... infeliz...! ¿dónde tienes la cabeza?

MUJER I.—¿Qué fue? ¡Todavía no te pido de beber!

PRAXÁGORA.—Por Zeus que no, pero, ¿si eres hombre por qué juras por las dos diosas? Lo demás está bien dicho.

MUJER I.—Entonces, por Apolo.

PRAXÁGORA.—Basta ahora. No iré a la asamblea, en tanto que no todo quede bien dispuesto. *(Quita la corona a la oradora.)*

MUJER I.— Déjame la corona. Voy a seguir hablando. Creo que ya estoy bien preparada —“A mí, señoras que están aquí sentadas...”

PRAXÁGORA.—¡Señoras, desdichada...! ¿así llamas a los hombres?

MUJER I.—Epígono tiene la culpa: como lo vi allá, creí que hablaba con mujeres.

PRAXÁGORA.—Vete a sentar. He resuelto hablar yo misma en defensa de ustedes. Primeramente me ceñiré la corona.

Ruego a los dioses que hagan prosperar y llegar a buen resultado nuestros intentos.

A mí me importa de esta juntamente con ustedes una gran parte. Sufro y siento dolor ante los asun-

tos de la ciudad enteramente corrompidos. Veo que siempre se sirve de jefes malos y si alguna ocasión llega a tener uno bueno, lo será por un día y por diez será nocivo. Lo mudan por otro y resulta peor.

Dura cosa es hacer que entren en juicio hombres que no tienen sentido de armonía: al que quiere amarnos, lo detestáis y andáis rogando a los que os detestan.

Hace tiempo en que no hacíamos reuniones políticas y pensábamos todos que Aguirrio era un facineroso. Ahora tenemos asambleas: el que de ellas alcanza alguna ganancia las pone por las nubes, y el que no ha sacado nada, tiene por reos de muerte a los que van a ganar su salario en la asamblea.

MUJER II.—¡Por Afrodita, sí, eso se llama hablar con buen sentido!

PRAXÁGORA.—¡Cómo por Afrodita... si por ella juras en la reunión quedarás lucida, infeliz!

MUJER II.—¡No lo habría yo dicho!

PRAXÁGORA.— No tomes la costumbre.

Vamos a ver lo de la alianza. Cuando estábamos deliberando hubo quien dijera que, si no se hacía, la ciudad quedaría perdida. Y cuando al fin se hizo fue causa de quejas y el orador que la recomendaba huyó sin que se volviera a presentar.

¿Que hay que construir naves? Al pobre le parece; a los ricos y a los labradores no les parece.

¿Os declaráis enemigos de los de Corinto? Ellos lo hacen contigo. Ahora que ellos son favorables, hazte tú igualmente favorable, oh pueblo. El argivo no comprende, pero Jerónimo es sabio. Se muestra la esperanza de salvación. Pero Trasíbulo se enfurece, porque no lo llamaron.

MUJER II.—¡Qué listo es este hombre!

PRAXÁGORA.—¡Ahora sí que me diste mi alabanza!

“Vosotros sois, oh pueblo, causa de todo esto. Porque al recibir en forma de salario el dinero del pue-

blo, cada uno sólo ve el provecho que saca. Y la comunidad, igual que Esimo, camina dando traspiés.

Pero si me dais crédito ahora, aún tendréis salvación.

Afirmo que a las mujeres es preciso entregar la ciudad. Como que a ellas en las casas se les deja la vigilancia y la administración de todo.

TODAS LAS MUJERES.—¡Muy bien, muy bien, por Zeus, sigue hablando mi amigo!

PRAXÁGORA.—Y voy a demostrar que sus modos son mejores que los nuestros.

Primeramente, como es uso antiguo, lavan la lana con agua caliente y nunca andan robando cosas nuevas. Si la ciudad de Atenas tuviera tal costumbre, tendría su salvación y no con ensayar cosas nuevas.

Ellas hacen sus frituras sentadas, como es uso antiguo. Como antes, llevan sus cargas sobre la cabeza. Como antes, celebran la fiesta de las Tesmoforias. Amasan sus tortas, como antes. Como antes, causan a su mando dolores de cabeza. Como antes, esconden a sus amantes en la casa familiar. Como antes, se preparan sus platillos especiales. Como antes, son muy amigas del vino. Como antes, tienen un gran placer en recibir besos.

A éstas, oh señores, debemos entregar la ciudad, sin meternos a ver qué hacen, sino fiando en su buen gobierno. Un solo ejemplo basta: ellas son madres y tendrán empeño en salvar lo más que puedan a los soldados. Y ¿hay quien proporcione los alimentos mejor que aquella madre que da la vida?

Para hacer dinero nadie como una mujer. Si alcanza el poder nadie la engaña. Ellas son peritas en engañar.

Dejaré lo demás. Esto me basta. Si me hacéis caso, seréis los más felices de los hombres.

MUJER I.—¡Dulcísima y habilísima Praxágora...!, ¿en dónde, desdichada, pudiste aprender cosas tan bellas?

PRAXÁGORA.—En tiempo de las

huidas vine con mi marido a habitar cerca del Pnix. Allí aprendí a hablar oyendo a los oradores.

MUJER I.—Nada me admira entonces, oh amiga mía, que seas tan diestra y sabia. Desde este punto te elegimos las mujeres como nuestra generala para que alcances a realizar tus proyectos. Pero si te oye Céfalos y se lanza a injuriarte con todas sus fuerzas, ¿qué vas a responder en la asamblea?

PRAXÁGORA.—Le diré que está loco.

MUJER I.—Pero eso ya lo sabe todo el mundo.

PRAXÁGORA.—Le diré que es un hombre de bilis negra.

MUJER I.—Eso también lo saben.

PRAXÁGORA.—Le diré que sus platos que fabrica le salen mal, aunque los asuntos referentes a la ciudad le salgan bien.

MUJER I.—¿Y si te injuria Neoclides el chinguiñoso?

PRAXÁGORA.—Le diré que se vaya a ver las nalgas a un perro.

MUJER I.—¿Y si te empujan...?

PRAXÁGORA.—¡Yo también empujo, que en eso de empujadas no estoy sin gran experiencia!

MUJER I.—Un solo punto hay que prever... ¿qué harás si te aprisionan los arqueros?

PRAXÁGORA.—Me pararé con los codos así, en guardia... no me dejaré coger por medio cuerpo.

MUJER I.—Por nuestra parte, si eres cogida, los obligaremos a que te suelten.

MUJER II.—Todo lo planeado va bien. Pero algo se nos pasó: ¿cómo levantar las manos en la asamblea, si solamente estamos acostumbradas a levantar las piernas?

PRAXÁGORA.—Es algo difícil. Y con todo hay que alzar el brazo, sólo hasta descubrir el hombro.

Y ahora, álcense las túnicas y cálcense los zapatos lacedemonios, como ven que lo hace el marido cada vez que se marcha a la asamblea.

Hecho esto con gran cuidado, acómóndense las barbas y una vez bien

ajustadas, tomen sus mantos de hombre que han robado en el hogar, y vamos adelante apoyadas en el bastón, cantando alguna canción de antaño, como hacen los campesinos.

MUJER I.—Bien dicho. Pero vamos por delante, que estoy pensando que otras mujeres vendrán desde el campo directamente al Pnix.

PRAXÁGORA.—¡Pero, aprisa, que el que no llega al alba al Pnix no saca ni pizca de ganancia!

*Se van las dos y las restantes se disponen en coro, ya disfrazadas de hombre.*

CORIFEO.—¡Vamos, hombres, adelante!

Y hay que tener siempre presente este trato que nos damos y repetirlo sin cesar, no sea que se nos olvide. Que si eso pasara, nos iría muy mal, por andar tramando bajo la sombra estas atrevidas empresas.

CORO: ESTROFA.—¡Vamos, hombres, a la junta... hacerlo preciso es!

El que recoge los votos ha hecho esta amenaza:

Aquel que al alba no llegue, todo él lleno de polvo y con su leve provisión de ajos y con mucho menos hierbas, ése no tendrá su trióbolo.

Vamos adelante, Caritimes, Es-miquito y Draques, y mucho cuidado con olvidar lo que se tiene que hacer.

Y ya tomado el salario, nos sentaremos juntos para votar los decretos y ser favorables a todo lo que nuestras amigas propongan...

¡Qué bárbaro, dije amigas cuando había de decir amigos!

ANTISTROFA.—Hay que rechazar también a los que de la ciudad vendan, ésos que cuando solamente daban un óbolo, se estaban charla que charla donde venden las coronas. ¡Ahora qué altos están!

Cuando Mirónides fue arconte, hombre de brío como era, no hubo un hombre que intentara sacar sueldo por servir a la ciudad. Cada uno llevaba a la junta un botijoncito de

vino, su pan seco y dos cebollas con unas tres aceitunas.

Ahora vienen a recibir un trióbolo, como si fueran albañiles, cuando sirven a la ciudad.

*Se aleja el Coro. Aparece Blépiro vestido con sandalias de Persia y una tunicuilla que solamente usaban las mujeres.*

BLÉPIRO.—¿Qué pasa aquí? ¿Dónde se habrá largado mi mujer? Ya se acerca la aurora y ésa no parece. Yo estaba en mi cama, pero de repente me acometió una gana imperitente de ir a desahogarme. Y busco mis zapatos en la oscuridad y busco mi manto... ¡nada! ¡Por más que tentaleé nada pude hallar. Como el señor Cacuncio no puede esperar, arrebaté como pude esta mantilla de mi mujer y me embutí estas sandalias pérsicas.

Y ¿dónde hallar el sitio en que yo pueda salir de mi apuro? Vaya, de noche, cualquier lugar es bueno. ¿Quién me va a ver?

¡Ay, infeliz de mí... que siendo viejo haya yo tomado mujer!

Merezco palos... ¡para nada bueno habrá salido ésta! ¡Pero hay que hacer lo que ando buscando hacer... (Se pone en cuclillas.)

UN HOMBRE.—¿Quién es? ¿No es mi vecino Blépiro?

BLÉPIRO.—El mismo. Yo soy.

EL HOMBRE.—¿Qué significa ese vestido rojo? ¿Será Cinesias que te ha manchado?

BLÉPIRO.—¿De dónde sacas eso? Yo he salido con la tunicuilla de color de azafrán que usa mi mujer.

EL HOMBRE.—Y tu manto, ¿dónde está?

BLÉPIRO.—No sé qué decir. Lo busqué largo tiempo y no pude hallarlo entre las mantas de la cama.

EL HOMBRE.—Y tú mujer... ¿por qué no le preguntaste?

BLÉPIRO.—¡Por Zeus que no: ella no estaba en casa. Se me escapó sabe a dónde... quién diría que me está traicionando!

EL HOMBRE.—Oye, qué semejanza tiene tu historia a la mía, por Poseidón. También mi mujer desapareció y con ella el manto que uso. Y no sólo eso, sino también mis zapatos que no hallo en ninguna parte.

BLÉPIRO.—¡Por Dioniso, ni yo mis lacedemonios. Como me urgía la necesidad, yo me calcé como pude estas sandalias y corrí a ver qué hacía, pues no quería manchar la colcha que está recién lavada.

EL HOMBRE.—¿Qué será esto? ¿La invitaría a almorzar alguna amiga?

BLÉPIRO.—Es lo que pienso. Porque hasta donde yo sé, no es mala.

EL HOMBRE.—¡Pero tú, tanto duras, ¿estás haciendo cables?

Yo por mí, me voy ya a la asamblea. Tengo que buscar antes mi manto. No tengo otro.

BLÉPIRO.—Lo mismo yo. Deja que acabe. Estas peras del campo causan estreñimiento.

EL HOMBRE.—Lo mismo que a Trasíbulo y de la que hablaba a los lacedemonios.

BLÉPIRO.—¡Por Dioniso, qué duro y qué pesado es esto! Estoy cerrado enteramente. ¿Qué haré pues? Y no es esto lo único que me causa pena, sino que cuando yo coma, ¿por dónde voy a echar fuera lo comido? ¡Ese Acradusio cerró la puerta a cal y canto! ¿Quién me buscará un médico y, cuál médico? ¿Cuál de los especializados en el trasero tiene la suficiente pericia? ¡Ya sé, sí, es Aminon! ¿Querrá venir? Que Antístenes lo traiga sin tardanza. Ese por lo que juzgo, según sus suspiros, ha de ser muy práctico en eso de estreñimientos. ¡Illicia santa, de los partos protectora, no dejes que yo reviente, ni que me quede atascado, que llegaría yo a ser el hazmerreír de los cómicos!

*Llega Cremes de la asamblea y ve a Blépiro en su situación.*

CREMES.—¡Hola tú! ¿qué estás haciendo? ¿tal vez estás desahogando el vientre?

BLÉPIRO.—¿Yo? ¡Ya no hago nada, por Zeus, que ya me vacié!

CREMES.—¿Y traes puesta la tunicuilla de tu mujer?

BLÉPIRO.—La tomé en la oscuridad y me la puse. Pero, tú... ¿de dónde vienes?

CREMES.—De la asamblea.

BLÉPIRO.—¿Ya acabó, entonces?

CREMES.—Por Zeus, sí, ya. Cuando iba amaneciendo. Y cómo me dio risa ver a tantos que se teñían de rojo con la cuerda que les cerraba el paso.

BLÉPIRO.—¿Recibiste tu trióbolo?

CREMES.—¡Así hubiera sido! Pero, llegué tarde, y no me da vergüenza sino de mi morral, que va a regresar vacío.

BLÉPIRO.—¿A causa de qué fue?

CREMES.—Había una muchedumbre de hombres en el Pnix, como nunca se había visto. Cuando los vimos daban el aspecto de zapateros. Había que ver cuántas caras blancas había en la asamblea. Por esa razón no me llegó a mí la paga y a otros muchos, tampoco.

BLÉPIRO.—¿Si voy yo ahora tampoco me toca?

CREMES.—¿Cómo ha de ser? Aunque hubieras llegado al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO.—¡Infeliz de mí! "Llora Antóloco, menos por el trióbolo que por mí que quedo vivo: ya todo lo perdí."

Pero, di, ¿qué asunto hubo para reunir a tal multitud a una hora tan temprana?

CREMES.—¿Qué otra podría ser? Que a los del Pritáneo se les ocurrió poner a discusión los medios de salvar la ciudad.

Desde luego el primero que se ofreció a hablar fue el chinguinoso de Neoclides. Pero el pueblo en su totalidad se puso a gritar con gran fuerza: ¡Este quiere hablar al pueblo de la salvación de la ciudad, cuando ni siquiera ha podido salvar sus propias pestañas!

A esto él respondió echando una mirada en rededor y dijo:

"¿Qué tenía yo que hacer?"

BLÉPIRO.—Hubieras molido ajos y mezclado con ruibarbo y euforbio de Laconia y untarte cada noche los párpados con esa mezcla. Eso le hubiera yo respondido, si me hallara presente.

CREMES.—Siguió Eveon, que todos pensaban que iba desnudo, aunque él decía llevar manto. Habló bien, con sentido democrático.

"Están ustedes viendo que yo estoy más necesitado y que me hace falta tener cuatro estateras para salir del paso. Sin embargo diré en qué forma tendrán que salvar a la ciudad y a los ciudadanos.

Vamos a ver: si los que labran lana dieran a los que están necesitados sus mantos de ella hechos, desde que el sol comienza a declinar, seguro estoy de que a nadie lo atacaría la pulmonía. Y que los que no tienen ni hogar ni cama en qué dormir se vayan a dormir a casa de algún curtidor y si en invierno éste les cierra la puerta, que pague como multa con tres pieles forradas.

BLÉPIRO.—¡Bien, por Dioniso, bien! Y debía haber agregado, sin contradicción de nadie, que los que falsifican la harina mezclando otras sustancias tenían la obligación de dar pan a los pobres a razón de tres quénices, bajo pena de grandes castigos si no lo hacen. Eso bien le valiera a Nausicides.

CREMES.—Luego le tocó el turno a un joven muy bien parecido, de piel muy blanca, semejante a Nicias. Y se puso a decir que lo conveniente es entregar el gobierno a las mujeres. Todos los de cara blanca, que creímos zapateros, comenzaron a aplaudir rabiosamente y a gritar que tenía mucha razón. Pero los campesinos comenzaron a rezongar.

BLÉPIRO.—¡Como que tienen juicio, por Zeus!

CREMES.—Estos eran pocos y aquél tenía buena voz y decía primores de las mujeres y de ti, horrores...

BLÉPIRO.—¿Qué fue lo que dijo?

*Seminario de Drama*

*Colección*

*Francisco (Paco) Prado*

dando pasos fuertes por las piedras y golpeándolas con él.

BLÉPIRO.—Y no te das cuenta de que perdiste un sextario de trigo que me hubieran dado en la asamblea...

PRAXÁGORA.—No te apures por eso... tuvo un niño.

BLÉPIRO.—¿Qué, la asamblea?

PRAXÁGORA.—¡Por Zeus, no, fue la mujer que me llamó! ¿Pero, hubo asamblea?

BLÉPIRO.— ¡Claro! Recuerda lo que ayer dije.

PRAXÁGORA.—Ya me acordé.

BLÉPIRO.—¿Tampoco has de saber lo determinado?

PRAXÁGORA.—¡Por Zeus que nada sé!

BLÉPIRO.—Pues de hoy en adelante te la vas a pasar comiendo jaibas, pues dicen que el gobierno se entrega a las mujeres.

PRAXÁGORA.— ¿Para hacer qué? ¿para tejer?

BLÉPIRO.—Por Zeus, que no: para regir el cargo.

PRAXÁGORA.—¿Cargo de quién?

BLÉPIRO.—De cuanto hay de los negocios de la ciudad.

PRAXÁGORA.—¡Vamos, por Afrodita: qué feliz va a ser la ciudad!

BLÉPIRO.—¿En cuanto a qué?

PRAXÁGORA.—Por muchos puntos. Porque ya no se dejará a los atrevidos obrar tan sin vergüenza en contra de ella, ni andar dando falsos testimonios, ni andar haciendo viles delaciones...

BLÉPIRO.—¡No, por los dioses, no hagas eso... me quitas mi medio de vida!

CREMES.—¡Demonio de hombre, deja hablar a tu mujer!

PRAXÁGORA.—...ni despojar, ni envidiar al vecino, ni andar en cueros, o ser un pobretón, a nadie, ni andar con injurias, ni apoderarse de lo que se deja en prenda.

CREMES.—¡Por Poseidón, grandes cosas son ésas, si no fallan!

PRAXÁGORA.—Yo haré todo eso, y tú serás testigo. Y en cuanto a éste (señala al marido), nada tendrá que decir.

CORO.—¡Ahora es tiempo de tener en guardia tu talento y mostrar sabio pensamiento y discreción bien medida en favor de tus amigas!

Al bien común tiende tu sabia preocupación que va a llenar de ventura al pueblo de la ciudad con miles de mejoras.

¡Es tiempo de demostrar lo que puedes! ¡Bien te hace ver nuestra ciudad la necesidad que tiene de sabia administración! Pero ten en cuenta de no poner en práctica lo que antes has dicho. Porque aborrecen ver lo que antaño han visto siempre.

CORIFEIO.—Pero, no tardes ya. Inicia luego tu obra. Cuanto más pronto se hacen las cosas más agradable es a los que contemplan.

PRAXÁGORA.— También yo creo que voy a enseñar cosas provechosas, ¿y los espectadores aceptarán cosas nuevas, y no preferirán quedar encerrados en su vieja rutina? Eso es lo que más temo.

CREMES.—No te retengas en dar cosas nuevas. ¡Ese es nuestro flaco en dar cosas nuevas. Que de lo pasado nadie tiene cuenta!

PRAXÁGORA. (Al auditorio.)—Ahora nadie de vosotros se atreva a contradecirme, ni a cortar el hilo de mi arenga, antes de oír el proceso de mis propias invenciones!

Declaro, antes que todo, que los bienes deben formar un fondo común. Que ya no haya uno que es rico y otro que es pobre; que no uno tenga tierras de cultivo inmensas, en tanto que el otro no tiene un pedazo de tierra donde sepultar un cadáver; que uno no tenga innumerables esclavos, en tanto que el otro ni siquiera un sirviente. Yo estatuyo una vida común e igual para todos.

BLÉPIRO.—¿Cómo puede ser vida común para todos?

PRAXÁGORA.—Te comes la mierda antes que yo.

BLÉPIRO.— ¿Luego también la mierda va a ser común a todos?

PRAXÁGORA.—¡No, por Zeus, pero tú me interrumpes...! Esto me falta por decir: en primer lugar, haré

que la tierra sea de todos en común. Y lo mismo el dinero y cuanto cada uno tiene de propiedad privada, que ya teniendo todo a nuestra disposición y mando, nosotros les daremos de comer y atenderemos todas sus necesidades, sin descuidar ninguna.

BLÉPIRO.—¿Y el que no tenga tierras, sino sólo dinero acumulado, como son los doblones de Darío, que nadie puede ver?

PRAXÁGORA.—Los tiene que poner al fondo común.

BLÉPIRO.—Y si no los pone...

PRAXÁGORA.—Será reo de sustracción de bienes.

BLÉPIRO.—Por ese medio los ha adquirido.

PRAXÁGORA.—En todo esto no le serán útiles.

BLÉPIRO.—¿Conforme a qué?

PRAXÁGORA.—Nadie en nada trabajará por pobreza. Como que todos han de tener todo: panes, peces salados, pasteles. Mantos de lana, vino, guirnaldas y garbanzos. ¿Qué sacaría de no entregar sus bienes? Dime, pues, si acaso hallas respuesta.

BLÉPIRO.—¿No es verdad que eso tienen hoy día los que más roban?

PRAXÁGORA.—Eso era antes, amigo, cuando vivíamos bajo el viejo régimen. Pero ahora, dado el régimen de comunidad de bienes, ¿qué ganancia saca de no entregar los suyos?

BLÉPIRO.—Si alguno ve una chica que le gusta y quiere darse gusto con ella, de sus propios bienes le dará un buen regalo y seguirá gozando de los bienes comunes, después de haber gozado de ella.

PRAXÁGORA.—Pero eso podrá hacerlo sin paga: yo también hago que las mujeres sean comunes, para todos los hombres. El que quiera la toma y en ella procrea un hijo, si le parece.

BLÉPIRO.—¿Y qué si todos buscan a la hermosa, desdeñando a las feas, y todos quieren tener parte con ella?

PRAXÁGORA.—Las feas y mal conformadas estarán juntas con las her-

mosas, y si alguno quiere una hermosa, tendrá que darle antes su parte a la fea.

BLÉPIRO.—¿Cómo hacer nosotros los viejones, si primero les damos a las feas, pues al llegar a las hermosas, ya... ¡naranjas!?

PRAXÁGORA.—Ni ellas tendrán gran gana. Por tu parte, consuélate. No temas. Ellas no darán combate.

BLÉPIRO.—Pero, ¿por qué?

PRAXÁGORA.—Porque eres incapaz de estar con ellas. Y eso a ti te conviene.

BLÉPIRO.—Buena treta por lo que toca a las mujeres. Tal como está previsto, no habrá agujero vacío. Y lo de los hombres, ¿qué va a hacer? Ellas huyen de los feos y se entregan a los bonitos.

PRAXÁGORA.—Pero los feos estarán en guardia de ver a los hermosos, al salir de las cenas y los llevarán a los sitios comunes para que se duerman. Y a las mujeres no se les permitirá entregarse a los hermosos, y a los de buena estatura, si no han dado tributo antes a los feos y a los chaparros.

BLÉPIRO.—Va a valer entonces tanto la nariz de Lisistrato como la gallardía de los jóvenes bien puestos.

PRAXÁGORA.—¡Por Apolo que sí, y ¿es esto democracia o no? ¡Qué risa dará entonces, ver al que está muy orgulloso de sus muchos anillos y se cree la gran cosa, cuando un viejo de grandes zapatones le diga: Primero pasa el más viejo, y ése soy yo. Deja que acabe y te sigue tu turno. Tú vas en segunda fila.

BLÉPIRO.—Pero, ¿con ese modo de vivir, quién va a saber cuántos son sus hijos?

PRAXÁGORA.—¿Eso qué importa? Los jóvenes reconocerán como sus padres a los de mayor edad que ellos.

BLÉPIRO.—¡Bien fregarán entonces a todos los viejos, debido a su ignorancia, cuando ahora que saben quién es su padre lo hacen! ¿Qué será cuando no sepan quién entre tantos es? ¿Habrá quien lo estorbe en tal circunstancia?

PRAXÁGORA.—Eso no lo permitirán los vecinos. Antes a nadie le importaba que maltrataran a un viejo, pero ahora al menor rumor pensará que el maltratado en su propio padre, y de miedo de que un día hagan con él lo mismo.

BLÉPIRO.—Lo que dices no va sin razón. Pero si se acerca Epicuro o Leucólofo y me llama papa... eso será pesado de oír.

PRAXÁGORA.—Habría cosa peor que eso mismo.

BLÉPIRO.—¿Cuál es?

PRAXÁGORA.—Que Aristilo viniera a darte un beso y te llamara padre...

BLÉPIRO.—¡Infeliz si se atreviera!

CREMES.—Te quedarías oliendo a perfume vulgar.

PRAXÁGORA.—Como ése nació antes de la nueva ley no tendría por qué ir a besarte.

BLÉPIRO.—¡Hubiera sido algo insufrible! Bueno... ¿y la tierra quién va a cultivarla?

PRAXÁGORA.—Los esclavos. No tendrás más deber que ir a tu mesa, a la hora que el sol marque diez pies de sombra.

BLÉPIRO.—¿De los vestidos quién irá a encargarse? Eso hay que saberlo.

PRAXÁGORA.—Gasten primero los que tienen ahora, ya después les tejemos otros.

BLÉPIRO.—Una cosa más preguntó: ¿cómo va a hacer aquel que los jueces condenan...? ¿cómo va a pagar? ¿del fondo común? ¡Eso es una injusticia!

PRAXÁGORA.—Comencemos porque ya no habrá procesos.

BLÉPIRO.—Esa palabra tuya es para tu ruina.

CREMES.—Eso mismo pensaba yo.

PRAXÁGORA.—¿Y qué razón hay para que haya procesos? ¡Dilo, mi amigo!

BLÉPIRO.—¡Por mil razones, por Apolo, digo! Vaya en primer lugar... si alguno niega su deuda...

PRAXÁGORA.—Pero todos los bienes son comunes, ¿de dónde quieres

que el prestamista saque el dinero? Si tiene, entonces se denuncia por robo.

CREMES.—¡Por Démeter, dices bien!

BLÉPIRO.—Falta que me explique esto: Los que salen de un banquete bien comidos y bebidos y maltratan a un transeúnte, ¿con qué pagan la multa? ¡A que no hallas salida!

PRAXÁGORA.—Paga con su ración de cada día que le sirve de sustento. Si el estómago queda vacío ya no habrá peligro de que se desmande en otra ocasión.

BLÉPIRO.—¿Y ya no habrá ladrones?

PRAXÁGORA.—¿Por qué robar lo que es de cada uno?

BLÉPIRO.—¿Luego no habrá desvalijadores por la noche?

CREMES.—Si te duermes en casa, no.

PRAXÁGORA.—Y será lo mismo si duermes fuera, porque todo el mundo tendrá asegurada su subsistencia. Si uno le quiere quitar el manto a otro, éste se lo dará de buena gana. ¿Para qué fin estar con contiendas? Ya adquirirá otro mejor del fondo común.

BLÉPIRO.—¿Ya no se podrá jugar a los dados?

PRAXÁGORA.—¿Qué se saca de eso, dímelo por favor!

BLÉPIRO.—¿Y qué vida vas a establecer?

PRAXÁGORA.—Para todos común. La ciudad será una sola casa para los habitantes. Eso haré. De esta manera será como una sola habitación en que va uno pasando de aposento en aposento, sin límite.

BLÉPIRO.—Y para comer... ¿dónde?

PRAXÁGORA.—Lo que fue tribunales, hoy será comedores y lo mismo los pórticos.

BLÉPIRO.—¿Y la tribuna, entonces?

PRAXÁGORA.—Allí se pondrán las grandes copas y las tinajas del agua. Allí estará siempre un coro de niños para celebrar los hechos de los

héroes y las derrotas de los cobardes, y de este modo algunos se irán llenos de vergüenza, sin comer siquiera.

BLÉPIRO.—¡Por Apolo, perfecto! ¿Pero las ánforas computadoras de votos, dónde vas a ponerlas?

PRAXÁGORA.—Las pondré en el Agora. Ya puestas al lado de la estatua de Armodio, las iré sacando al azar y cada uno quedará contento de saber a qué hora y dónde va a comer. Estará gritando el heraldo:

Los de la letra Beta, al pórtico de Los Reyes.

Los de la letra Theta, al más cercano.

Los de la letra Kapa, al pórtico del mercado de la harina.

BLÉPIRO.—¿Para atragantarse?

PRAXÁGORA.—No, señor, a cenar.

BLÉPIRO.—Y al que no le toque ninguna letra, claro está que lo han de rechazar todos.

PRAXÁGORA.—Eso no sucederá entre nosotros. Daremos a todos todo en abundancia y todos bien saciados irán saliendo con su corona en la cabeza y su antorcha en la mano. Y las mujeres en las bocacalles les saldrán al encuentro, cuando vayan saliendo de la cena, y les dirán:

¡Aquí hay con nosotras una linda muchacha!

Pero gritará otra desde el piso alto:

¡Aquí hay otra más bella, blanca y sin tacha. Pero antes que entrar con ella tienes que entrar conmigo!

Y a los muchachos y a los bonitos que van por delante y al rededor, les dirán los feos y viejos:

¿A qué esa prisa, tú? No puedes hacer nada. La ley manda que vayan primero los chaparros y feos, y quédense en este tiempo por allí afuerita haciéndole cariños a la higuera en su varita y en sus dos higos.

¿Eso les gusta o no?

BLÉPIRO Y CREMES, JUNTOS.—De todo en todo.

PRAXÁGORA.—Pero me voy al Agora. Tengo que recibir las cosas que

van a ir entregando y también a buscar una mujer que sirva de heraldo, de voz fuerte y tremenda. Es mi deber, ya que soy elegida como jefe, regir la comida para todos, de modo que hoy mismo puedan participar de ella.

BLÉPIRO.—¿Ya podremos ir desde hoy?

PRAXÁGORA.—Lo acabo de decir. Hay algo más: voy a quitar a las mujerzuelas, todas cuantas haya.

BLÉPIRO.—¿Eso por qué?

CREMES.—Eso bien claro está. Ellas se llevan la flor de los jóvenes.

PRAXÁGORA.—Igual que las esclavas. Bien atildadas se apoderan de la vitalidad de los hombres libres y así defraudan a las mujeres. Que se queden ellas para los esclavos y se estén depilando para uno que se viste con jergón.

BLÉPIRO.—Vamos, yo voy contigo, muy juntito. Así me podrán ver y dirán de mí: Miren, admiren al marido de la generala.

CREMES.—Yo también voy a llevar mis enseres a la plaza y a ver qué bienes tengo. *(Sale.)*

*En tanto que baila el Coro vuelve con sus enseres. Los va colocando.*

¡Ven acá, mi zaranda, hermosa y bellamente has sido el mejor de mis bienes! Tú serás la canéfora, ya que has cernido tantas y tantas talegas de harina!

¿Quién le lleva el parasol? Esta olla hará sus veces.

¡Por Zeus, qué tiznada estás, como si en ti hubieran cocido los menjurges con que Lisícrates se tiñe el pelo!

¡Ahora tú, junto a ella: serás su camarera y le traerás el agua para que se lave!

¡Gallo que me despiertas tantas veces en la honda noche, sé el que le toque la cítara!

Venga ahora la que trae la gran vasija con los pasteles de miel y las ramas de olivo entrelazadas. Lleguen

también dos trípodes y el depósito de aceite. Los otros implementos menores que se queden por allí.

UN HOMBRE QUE LLEGA.—¡Que yo entregue mis bienes! ¡Eso fuera locura! ¡Ni que estuviera yo fuera de mí! ¡Por Poseidón que no! Voy a examinar y ver cómo van a ir las cosas y eso muchas veces, y después, ya veré. ¡No voy a desperdiciar el sudor y el afán de mi trabajo y así tan a lo loco voy a entregarlo en manos ajenas! Hay que darse uno cuenta de lo que hay en el fondo de todo esto.

HABLA A CREMES.—Oyeme, tú, ¿qué quiere decir esto? ¿Te estás mudando, o vas a empeñar tus enseres?

CREMES.—Ni una ni otra cosa.

HOMBRE.—Entonces, ¿por qué has colocado en hilera tus pertenencias? ¿A poco para que sean el principio de la venta de Yerón el pregonero?

CREMES.—Por Zeus, que no. Yo los vengo a entregar a la ciudad y los pongo en la plaza conforme a la nueva ley.

HOMBRE.—¿Conque a entregarlos?

CREMES.—Eso es.

HOMBRE.—Infeliz estás loco, por Zeus, que sí.

CREMES.—¿Cómo?

HOMBRE.—¿Cómo? ¡Está bien claro!

CREMES.—¿Es que no tengo deber de cumplir con las leyes?

HOMBRE.—¿Cuáles, desdichado?

CREMES.—Las que se han promulgado.

HOMBRE.—¿Se han promulgado? ¡Loco estás!

CREMES.—¿Yo loco?

HOMBRE.—Loco y tonto, más tonto que ninguno.

CREMES.—¡Y eso porque obedezco lo que mandan...!

HOMBRE.—¿Un hombre sensato se somete a todo?

CREMES.—Y más que nadie.

HOMBRE.—Con tal que sea un imbecil.

CREMES.—Y tú, ¿no piensas entregar tus bienes?

HOMBRE.—Mucho me cuido de ello. Veré primero qué conducta sigue la mayoría.

CREMES.—¿Qué otra cosa quieres que haga? Tendrán que entregar sus bienes.

HOMBRE.—Hasta no ver, no creer.

CREMES.—En todos los caminos se habla de eso.

HOMBRE.—Hablan, no más.

CREMES.—Y dicen que llevan sus pertenencias.

HOMBRE.—Eso dirán, es cierto.

CREMES.—Me matas por no creer nada.

HOMBRE.—Ni ellos tampoco lo creen.

CREMES.—¡Oh Zeus, que revientes tú!

HOMBRE.—Y todos reventarán.

¿Estás tú pensando que va a entregar sus bienes el que tenga una pizca de juicio? Eso no es tradición patria. Solamente recibir es lo que nos gusta, por Zeus, y es lo mismo que hacen los dioses, ¿o no? Y velos en sus estatuas. Si les rogamos favores, los vemos con las manos encorvadas hacia arriba, pidiendo, esperando recibir, no dando, ni prodigando.

CREMES.—Vamos, déjame ya, malvado hombre, deja que me entretenga en lo que me va a ser útil... Voy a atar todo esto... Y, ¿dónde andará mi correa?

HOMBRE.—¿Y de veras llevas eso?

CREMES.—¡Por Zeus, que sí... y mira cómo ya ato este par de tripiés!

HOMBRE.—¿Qué tontera, qué locura... ¿Por qué no esperas ver qué hacen los demás? Ya entonces...

CREMES.—¿Qué hago entonces?

HOMBRE.—Dejar que el tiempo pase. Y dejar tiempo al tiempo.

CREMES.—¿Para qué?

HOMBRE.—Podrá venir un terremoto... un relámpago funesto... que pase por tu camino una comadreja... y ya verás, mi buen tonto, que nadie lleva ya nada a entregar de sus bienes.

CREMES.—Todo eso estaría muy

bueno, pues no hallo dónde estacionar mis cosas.

HOMBRE.—Más miedo te diera no saber dónde recobrarlas. Quédate tranquilo. Ya tendrás dónde pasado mañana.

CREMES.—¿Cómo, pues?

HOMBRE.—Ya conozco a éstos. (Señala a los espectadores.) Son muy veloces para votar leyes, pero muy tardos para cumplirlas.

CREMES.—Ya entregarán sus bienes, amigo.

HOMBRE.—Y si no lo hacen, ¿qué?

CREMES.—¡Cálmate, que los traerán!

HOMBRE.—Y si se oponen, ¿qué?

CREMES.—Lucharemos con ellos.

HOMBRE.—Y si son más fuertes, ¿qué?

CREMES.—Me voy y dejo todo.

HOMBRE.—Y si lo venden, ¿qué?

CREMES.—¡Ojalá reventaras!

HOMBRE.—Y si reviento, ¿qué?

CREMES.—Harías muy bien.

HOMBRE.—En fin, ¿estás resuelto a llevar tus bienes?

CREMES.—Claro que sí. Pues veo que mis vecinos ya traen los suyos.

HOMBRE.—¡Sobre todo Aristenes los va a traer! ¡Primero se iba a estar haciendo esfuerzo treinta días para desahogar su estómago!

CREMES.—¡Maldito seas!

HOMBRE.—¿Qué llevará Calímaco el que dirige los coros?

CREMES.—Más que Calías.

HOMBRE.—Este hombre quiere quedar en la ruina.

CREMES.—¡Terrible es lo que dices!

HOMBRE.—¿Terrible por qué? ¿No estás mirando, acaso, cómo constantemente estamos dando decretos similares? ¿No recuerdas el que se dio sobre la sal?

CREMES.—Claro que sí.

HOMBRE.—¿No recuerdas el que se dio sobre las monedas de cobre?

CREMES.—¡Y el perjuicio que me causó el tal decreto! Había vendido yo mis uvas y me repleté la boca de monedas de cobre y me fui a la

plaza a comprar harina. Cuando estaba abriendo mi costal para ponerla, oigo al heraldo que grita: "¡Que nadie reciba moneda de cobre: sólo la plata tiene curso legal!"

HOMBRE.—Esto más: ¿no ha poco juramos todos que la ciudad sacaría de ganancia quinientos talentos, a base de la contribución del impuesto del cuarenta? Eso aseguraba el otro Eurípides. Y todos a echarle oro encima. Después se estudiaron bien las cosas y fue resultando eso que era Corinto hija de Zeus. ¡Música celestial sólo! Y como no hubo nada de efectivo, todos se echaron contra el dichoso Eurípides.

CREMES.—No es lo mismo, amigo mío. Entonces gobernábamos los hombres: ahora gobiernan las mujeres.

HOMBRE.—¡Me guardaré, por Poseidón, de que ellas me meen en la cara!

CREMES.—No sé qué estás delirando... ¡Muchacho, llévate el bulto!

*Sale una mujer que hace de heraldo.*

HERALDO.—¡A todos los ciudadanos... —ahora la norma es ésta— corred ante la generala para que ella diga en dónde tiene que comer cada uno!

Ya están preparadas las mesas, plenas de ricos manjares, y hay sobre los lechos del triclinio buenos tapices extendidos.

Ya el vino se va mezclando en las cráteras; las perfumadoras esperan en fila y las lonjas de pescado están en las brasas, como las porciones de liebre en las tenazas del asador. En el horno están cociéndose los pasteles. Se entretajan coronas, se da el punto a las comidas y las grandes ollas de puré están siendo preparadas por las jovencitas y entre ellas anda Esmeo, que aunque porta uniforme de caballero, anda lavando platos con las mujeres.

Allá viene Gerón con su manto de lana y sandalias finas. Viene riendo

*Seminario de Dramas  
Colección  
Francisco (Pino) Prada*

a carcajadas con otro joven. Deja caer sus pesados zapatos y se siente gallardo.

Vamos, aprisa, que el panadero ya está esperando. Bien dispuestas traerán las mandíbulas.

HOMBRE.—Bueno, yo iré también. ¿Cómo oponerse a lo que la ciudad ha dispuesto?

CREMES.—Y cómo vas a ir tú... ¿ya entregaste tus bienes?

HOMBRE.—Voy a comer.

CREMES.—No te van a dejar. No has cumplido con los mandatos de ellas. ¿Ya entregaste tus bienes?

HOMBRE.—Ya los voy a entregar.

CREMES.—Pero, ¿cuándo?

HOMBRE.—Yo no soy, amigo, quien sirve de estorbo.

CREMES.—¿Entonces no vas a ir comer?

HOMBRE.—¿Qué quieres que haga? Si la ciudad lo manda, hay que obedecer. Eso lo hace todo hombre que piensa con la cabeza.

CREMES.—Y si te estorban, ¿qué?

HOMBRE.—Doblaré la cabeza y me haré a un lado.

CREMES.—Y si te azotan, ¿qué?

HOMBRE.—Las llevaré al juicio.

CREMES.—Si se ríen de ti, ¿qué?

HOMBRE.—Me quedaré a las puertas.

CREMES.—Y allí qué harás... ¿Dímelo!

HOMBRE.—Ir quitando manjares a los que van a servir.

CREMES.—Anda pues, vente conmigo. (A sus criados.)—Vamos, Sición y Parmeno, por favor, carguen con todo esto.

HOMBRE.—Deja que ahora yo te ayude...

CREMES.—¡Eso sí que no! Me temo que ante la generala vayas a decir que estos bienes son tuyos.

*Se va Cremes con sus esclavos, que llevan sus bienes.*

HOMBRE.—¡Por Zeus!, ¿cómo podré hallar un expediente para no entregar mis bienes y poder participar de la comida común?

¡Ah, vamos: ya lo pensé: a ver si me sale el truco!

*Se va por la derecha.*

*El Coro baila y se ve una plaza con dos casas separadas por una callejuela.*

UNA VIEJA, ASOMANDO A LA VENTANA.—¿No va a venir ningún hombre? Bien pasada está la hora. Yo, bien llena de tintura blanca y con mi ropa amarilla, hace rato que estoy aquí de ociosa a ver si llega algún hombre para echarme en sus brazos. Entre tanto, canto y hago monerías.

¡Musas, por favor, un tono que a mis labios baje para poder encantar con un canto de son jónico!

UNA MUCHACHA, EN LA VENTANA OPUESTA.—¡Vieja carcamana, sales antes que yo a la ventana! ¿Qué dijiste? Esa está ausente... voy a ver qué le saco a la viña... ¡Pues no!

Creías atraer con tu canto... ¡tampoco! Porque si tú te pones a cantar, yo cantaré más fuerte. Aunque eso fastidia a los espectadores, no deja de tener su lado cómico y agradable.

LA VIEJA.—¡Conversa con mi entrepierna, patarata! Oye, lindo flautista, amorcito mío, toma ya tu flauta y canta un son que sea digno de nosotros, tanto de ti como de mí.

(Canta.)—¡Si alguno quiere sentir sensaciones no conocidas, venga a dormirse conmigo! ¡Nada sabio tienen las muchachas: las maduras sabemos bien el oficio! Ninguna tiene el corazón que yo tengo para querer al que se junte conmigo. Ellas como las abejas, sólo van de flor en flor.

LA MUCHACHA. (Cantando.)—¡No tengas envidia a las muchachas; el placer que ellas ofrecen brota de sus nalgas frescas y en sus dos redondos senos florece a la perfección! ¡Tú vieja tan depilada, y tan bien pintarrajeada sólo das gana a la muerte!

LA VIEJA. (Cantando.)—¡Que se desguance tu vaina y se te hunda la

cama, cuando vayas a ser zarandeada por un hombre! ¡Que cuando otra cosa busques para manejarla, te hables con una culebra!

LA MUCHACHA.—¡Ay, ay... ¿qué haré yo? ¡No viene mi amado hoy! ¡Solita me quedo aquí: hasta mi madre se fue! De lo demás, no me importa.

(Se dirige a la vieja cantando.)—¡Mamita, hazme un gran favor... Vete a llamar a Vergara para que él te dé todo gusto!

Ya sabes los modos jónicos, y eso te pido yo pobrecita niña.

¿Es que te gusta lamer, como hacen las de Lesbos?

Y tú no podrás quitarme mis deliquios de aquella hora —vieja infeliz y caduca! —tú no harás nada nocivo, ni me quitarás mis goces que me tocan por derecho.

VIEJA.—Canta todo lo que quieras y da gusto a tu trompa como si una gata fueras. Nadie habrá de entrar contigo, si no entró conmigo antes.

MUCHACHA.—¡Pues claro que van a entrar, para llevarte al sepulcro, vieja podrida!

VIEJA.—No y no... para una vieja nada hay nuevo. No te dé pesar mi vejez.

MUCHACHA.—¿Entonces qué? ¡Tu pintura y tus menjurjes!

VIEJA.—¿Y por qué me estás hablando?

MUCHACHA.—¿Y por qué me estás mirando?

VIEJA.—No te miro: estoy cantando a solas mi Epigenes.

MUCHACHA.—¿Tu amigo? Y, ¿entonces qué con Vejarro?

VIEJA.—El te lo hará ver... muy pronto va a venir a mí... ¡Míralo que ya está allí!

MUCHACHA.—¡Y crees que viene por ti, vieja carroña!

VIEJA.—¡Sí, por Zeus!

MUCHACHA.—¡Peste malvada, ya te lo haré saber...! Yo me voy de la ventana. (Sale.)

EL JOVEN CANTANDO.—Pudiera yo yacer con la joven primero, sin te-

ner que estrechar con mis brazos a la vieja... ésa de nariz chata y de agotados miembros... ¡Dura es para hombre libre esta suerte infeliz!

VIEJA. (Cantando.) — ¡Por Zeus, aunque te pese, tú tendrás que cumplir! Y no son cantiquitos del año del caldo, que así la ley lo impone y hay que acatar la ley... ¿No vivimos acaso en régimen democrático?

Pero yo me retiro... veré cómo obra éste.

*Se va de la ventana.*

JOVEN.—¡Ay, dioses, que yo hallara a esa linda muchacha, ya que vengo bien bebido y tengo ardores por ella de hace mucho tiempo!

MUCHACHA. (Aparece en su ventana.)—¡Maldita vieja, ya me la llevé! Ella pensaba que iba yo a estar encerrada en mi casa y se retiró también ella! ¡Pero... mira si allí está él, ese mismo de quien hablábamos!

(Canta.)—¡Ven acá, ven acá, precioso mío, ven, mi amor, ven a ser mi compañero de cama toda esta noche! ¡Me vuelven loca tus bucles juveniles bien rizados! ¡Tengo sed de ti, mi vida, y me está requemando el alma!

¡Te conjuro, Eros divino: haz que entre a mi pobre casa!

EL JOVEN. (Canta.)—¡Ven acá, ven acá, amor mío! Ven y ábreme tu puerta, que si no me hallarás tendido en ella todo lleno de amargura!

¡Cuánto ansío estar en tu seno, con mi mano acariciando la parte de atrás!

¡Oh Ciprina, qué me haces que me inspiras tan ardiente amor!

¡Deja que yo te conjure, Eros, divino, y que pueda yo entrar hoy a gozar de su cama dulce!

¡Débiles son mis palabras para tratar mi urgencia!

Pero tú, amorcito mío, no tardes en abrir tu puerta. Apriétame entre tus brazos para calmar mi deseo. ¡Tú eres la que me atormentas!



¡Joya mía, alhaja de oro, brote de la misma Cipris, abeja de las Musas, alimento de las Gracias, imagen del dulce deleite... abre y apriétame entre tus brazos. La pena que me atormenta toda te la debo a ti!

VIEJA. (*Abre su ventana y grita.*) ¡Ora, tú! ¿tocas mi puerta? ¿vienes en busca de mí?

JOVEN.—¡Antes que me muera de mal muerte!

VIEJA.—Pero golpeabas mi puerta...

JOVEN.—Ni de sueño.

VIEJA.—¡Y hasta llevas tu antorcha!

JOVEN.—Iba en busca de un Marmerto.

VIEJA.—¿A quién dices buscas?

JOVEN.—¡No, no es el Lamberto que tú estás esperando...

VIEJA.—Pues, quieras que no quieras, por Afrodita, que te vas conmigo. (*Intenta tomarlo del brazo.*)

JOVEN.—Señora, no: no somos de los de sesenta años, si tenemos apenas veinte. La cuestión es más fácil. Acabamos más pronto.

VIEJA.—Eso fue antes, mi amigo. Pero la ley manda que con nosotras hay que comenzar.

JOVEN.—Si se me antoja, que eso es como juego de dados.

VIEJA.—Cuando vas a comer no te fijas en el juego de dados.

JOVEN.—No sé que estás diciendo... Pero toco a esta puerta.

VIEJA.—Primero a la mía toca.

JOVEN.—¡Aún no necesito harnero!

VIEJA. (*Saliendo a la puerta.*)—¡Ya sé que soy bien querida... y ahora te admiras de que me halles en la puerta! ¡Anda, acerca tu boquita!

JOVEN.—Me da miedo tu amante.

VIEJA.—¿Cuál?

JOVEN.—El mejor de los pintores.

VIEJA.—Y, ése, ¿quién puede ser?

JOVEN.—El que pinta los vasos de los difuntos. Pero, métete. No vaya a venir y te vea.

VIEJA.—¡Ya sé, ya sé lo que quieres!

JOVEN.—Yo también lo sé, por Zeus.

VIEJA.—Por Afrodita lo juro: hoy no te he de dejar ir.

JOVEN.—Viejita, estás delirando.

VIEJA.—Y tú también te haces guaje. Vamos a tomar la cama.

JOVEN.—¡No sé yo por qué andan comprando ganchos para sacar cubos del pozo: con esta vieja nos basta!

VIEJA.—Deja de burlarte, tonto, chico, mejor vente acá conmigo.

JOVEN.—No tengo yo por qué ir, a no ser que hayas pagado el cincuenta por ciento a la ciudad.

VIEJA.—¡Por Afrodita, vente... yo no me deleito tanto sino con jovencitos de tu edad!

JOVEN.—Pues yo con las de tu edad siento asco y por nada de este mundo me voy a meter contigo.

VIEJA.—¡Por Zeus que sí... bien estás obligado... mira lee este decreto!

JOVEN.—¿Eso qué es?

VIEJA.—Un decreto, conforme al cual tienes que entrar primero conmigo.

JOVEN.—Dilo, a ver qué cosa es.

VIEJA.—Pues ahora te lo leo:

"Pareció bien a las mujeres que si un joven quiere tener trato con una joven, no podrá hacerlo, si no da antes a una más grande la parte que le corresponde. Y si se niega a cumplir con esta ley y se dedica a la joven, las ancianas tendrán derecho de aprehenderlo y arrastrarlo por las calles bien agarrado de la parte más sensible de su cuerpo."

JOVEN.—¡Maldita sea... no soy otro Procusto!

VIEJA.—Hay que obedecer nuestras leyes.

JOVEN.—¿Y si viene algún amigo o algún vecino a libramme?

VIEJA.—Es que no hay un solo hombre que pueda disponer de más allá de un medimno.

JOVEN.—Pero con un juramento se da excusa de aplazamiento.

VIEJA.—Eso no se va a poder.

JOVEN.—Digo que soy negociante.

VIEJA.—Te pesará.

JOVEN.—¿Entonces qué hacer?

VIEJA.—Vente para acá, mi amigo.

JOVEN.—¿Es preciso que haga yo eso?

VIEJA.—¡Ya está, señora Diomedes!

JOVEN.—Voy. Tiende una cama de orégano en el lecho en que yaceremos. Dispón también cuatro sarmientos de vid cortados por tu mano, ciñe todo con cintas de fúnebre disposición, dispón los retratos y las vasijas y el vaso de agua lustral.

VIEJA.—¿Te vas a olvidar acaso de comprarme una corona?

JOVEN.—Claro, por Zeus, pero temo que cuando entremos a casa va a ser corona de cirios. Yo que entro y tú que te acabas.

*Baja la muchacha y detiene a la vieja.*

MUCHACHA.—¿Dónde te lo llevas?

VIEJA.—Lo meto a mi casa.

MUCHACHA.—No estás en tu juicio, anciana. No tiene la edad debida para trabajar contigo. Más le servirías de madre, que no de mujer, y si esa ley se cumple van ustedes a llenar la tierra de Edipos.

*Hace intentos de llevarse al joven.*

VIEJA.—¡Loca, chiflada, es la envidia la que te hace hablar así! Pero me la has de pagar.

JOVEN.—¡Ay, Zeus salvador, qué gran beneficio me haces, oh dulcísima muchacha, que me arrancas de esta vieja! En pago de tus favores te voy a dar de tal modo que te dejaré repleta.

*Cuando se disponen a entrar viene otra vieja peor que la primera*

VIEJA II.—¡Ora, tú...! ¿dónde lo llevas? Estás quebrantando la ley. Dice claro la letra: tiene que estar primero conmigo.

JOVEN.—¡Desdichado de mí! ¿De dónde demonios sales, vieja maldita? ¡Resultó peor esto que lo de antes!

VIEJA II. (*Lo toma del brazo.*)—Vente para acá.

JOVEN.—¡No dejes, niña, que me lleve... por favor, yo te lo ruego!

VIEJA II.—Yo no te llevo; es la ley la que te lleva.

JOVEN.—No la ley: es una empuja toda ulcerada con sangre purulenta.

VIEJA II.—Vente, precioso y chiquito, vente por aquí y no parles.

JOVEN.—Deja que vaya al retrete, si no te pinto la casa, por el efecto del miedo. Voy a descargar el vientre.

VIEJA II.—Vamos, sigue adelante, que en casa harás lo que quieres.

JOVEN.—Daré más de lo que quiero. Yo te daré dos fiadores.

VIEJA II.—Nada de fiadores: vamos.

*Llega otra vieja en peor estado físico que la anterior.*

VIEJA III.—¿Dónde vas con esta anciana?

JOVEN.—Yo no voy: ella me lleva. Sea quien fueres, ven en mi ayuda. Por Hermes te lo suplico. (*Se da cuenta de la fealdad de la tercera vieja.*)

¡Ay, Heraclés, ay, todos los dioses de Pan, ay Coribantes, ay, Dióscuros...! ¡Es peor que la pasada! ¿Y qué será este esperpento? ¡Es un fantoche pintado, una momia que sale del sepulcro!

VIEJA III.—¡Nada de refunfuñar: vente por aquí!

VIEJA II.—Mejor vente por acá.

VIEJA III.—No te he de dejar ahora.

VIEJA II.—Ni yo tampoco.

JOVEN.—Me van a hacer pedazos, ¡malhaya sean, viejas!

VIEJA II.—De acuerdo con la ley, tú tienes que seguirme.

VIEJA III.—Eso no, si una vieja más fea viene al frente.

JOVEN.—Y, si entre las dos me matan, ¿yo qué hago con la hermosa muchacha?

VIEJA III.—Eso es asunto tuyo. Por el momento, cúpleme.

JOVEN.—¿A cuál de las dos sigo? ¿cómo quedaré libre?

VIEJA III.—¿No te das cuenta? ¡Vamos para allá!

JOVEN.—Pues que me suelte ésta.

VIEJA II.—No. Mejor ven conmigo.

JOVEN.—Pues que me suelte la otra.

VIEJA III.—Por Zeus que no te suelto.

VIEJA II.—Ni yo tampoco.

JOVEN.—¡Al fin malas barqueras!

VIEJA II.—¿Por qué, pues?

JOVEN.—¡Destrozan al pasajero tirando cada una por su lado!

VIEJA III.—Calla y vente conmigo.

VIEJA II.—¡Por Zeus que no: conmigo!

JOVEN.—Esta es la hora de aplicar el decreto de Canono. ¡Tendré que partirme en dos para cumplir con cada una! ¿Cómo podré mover el remo para uno y otro lado?

VIEJA III.—Perfectamente, si te engulles antes un buen plato de cebollas.

JOVEN.—¡Ay infeliz... ya estoy a la puerta a donde me llevan!

VIEJA II.—Eso sí que no. No me lo ganas, o yo también me meto.

JOVEN.—¡No por los dioses... no: más vale un mal que dos!

VIEJA III.—Que quieras que no quieras, por Hécate que sí entra.

JOVEN.—¡Tres veces desgraciado, qué suerte la mía! Estar con esa vieja toda una noche y un día y cuando acabe yo con ella, ir a dar con la otra que tiene mejillas como cazuelas... ¿No soy bien desdichado, cargado de infortunios, por Zeus el salvador, que tengo que ir navegando entre estos dos monstruos?

Señores, si me hundo navegando en estas dos barcas, que me sepulden siquiera en la bifurcación del canal... y pongan a esta vieja, la

más vieja, como un monumento funerario, pero antes bien cubierta de brea y con los pies untados de plomo derretido que le llegue a los tobillos. Esa será la lámpara votiva en mi sepulcro...

*Por más esfuerzos que hace la vieja segunda, la tercera lo arrastra a su aposento. El Coro hace un baile mudo. Sale una criada de Praxágora.*

CRIADA.— ¡Pueblo feliz, tierra afortunada, y mucho más feliz mi ama y señora, y ustedes también, los que están en nuestras puertas, y todos los vecinos y todos los de esta ciudad! ¡Pero yo más feliz: siendo una criada que vengo ahora toda ungida de perfumes deliciosos, por Zeus, que bañan mi cabeza! Y qué grato era el perfume de las ánforas de Taso. Ese sí que me dura, que los otros se van y se evaporan. Son los más finos olores, por los dioses todos. Denme vino sin mezcla, que da un placer que dura toda la noche. Y si se sabe escoger el que mejor huele, mil veces más sabroso.

Pero, señoras, díganme, ¿dónde está mi amo, el esposo de mi ama?

CORIFEIO.—Creo que lo hallarás si te quedas allí.

CRIADA.—¡Verdad es... allí viene, va a cenar!

Amo mío dichoso, tres veces feliz.

BLÉPIRO.—¿Yo?

CRIADA.—¡Claro, por Zeus que sí y como ningún hombre! ¿Quién pudiera haber que entre más de treinta mil ciudadanos es el único que no ha cenado?

CORIFEIO.— Sabiamente dices, el más feliz de los hombres.

CRIADA.—¿A dónde caminas?

BLÉPIRO.—Yo voy a cenar.

CRIADA.—¡Ay, por Afrodita, vas a ser tú el último! Tu mujer me manda llevarte y contigo a estas muchachas. Ha quedado vino de Quíos y otras cosas buenas.

(Al coro.)—Por favor, no tardar a eso. Y si hay alguno de los es-

pectadores que sean amigos nuestros y alguno de los jueces que ven todo con serenidad, venga también con nosotras, que les daremos todo.

BLÉPIRO.—¿De modo que a todos invitas y a nadie dejas sin parte? ¡Sí, invita con generosidad a todos, al viejo, al joven, al niño! La cena es para todos... la tendrán si van a su casa.

Yo por mi parte voy a la cena. Ya tengo en mis manos la antorcha que me conduce.

CRIADA.—¿Para qué gastas el tiempo? Lleva mejor a estas muchachas. Mientras vas bajando, yo voy a entonar un canto que sea preparatorio del banquete.

CORO.—Un pequeño consejo quiero dar yo a los jueces. A los sabios que den fallo sobre mis discretas sentencias, y a los que gustan de gracejos, tengan en cuenta lo mucho que he dicho para provocar la risa. Si me juzgan como es justo, tendrán que asignarme el premio. Y no dejen de recordar el juramento que hicieron, de darlo a quien lo merece. En todo habrá que ser justos. No tengan que parecerse a las malas ramerías que solamente toman

en cuenta lo último que recibieron.

CRIADA.—¡Eh, eh, ora, ah! Amadas señoras ya es el tiempo, si queremos bien obrar, de que marchemos al banquete. Pero sujétense al ritmo, y acomódense a mi canto.

Blépiro, tú al modo de Creta, ve moviendo así los pies.

BLÉPIRO.—Eso voy haciendo.

CRIADA.—Y ahora ustedes, mujeres, que tienen hueca la panza, vayan moviendo las piernas al compás, y sigan el ritmo del baile. Pronto les van a servir ostras, cecina, lampreas, sesos en salsa, cebollas con miel guisadas y recortes de queso y jamón, tordos, mirlos, palomitas, gallos, frituras de cresta y liebres bien preparadas, en su fondo de mosto fino, y jugo de alones exprimidos...

Ya lo oíste, ve y toma un plato y toma tu buen puré y vete a comer tranquilo.

BLÉPIRO.—Dondequiera están tragando.

CORO. (Con Blépiro por delante.)

¡Saltemos, saltemos... Ya, ya!

¡Vamos todos al banquete... huay, huay, huay!

¡Sobre la victoria canto... huay, huay, huay, ay, ay, ay!

Seminario de Drama

Colección

Francisco (Paco) Prado

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS